

JORDI SIERRA I FABRA

CADAVERES BIEN PARECIDOS

LA CRONICA NEGRA DEL ROCK



CADÁVERES BIEN PARECIDOS
(Crónica negra del rock)

Jordi Sierra i Fabra

ULTRAMAR EDITORES

Portada: *Joan Subirats*

1.^a Edición: Julio, 1987

© 1987 by Jordi Sierra i Fabra

Escaneo y edición digital: *Lord Jim*. Noviembre 2009

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de datos ni transmitida en ninguna forma ni por ningún método, electrónico, mecánico, fotocopias, grabación u otro, sin previo permiso del detentor de los derechos de autor.

©Ultramar Editores, S.A., 1987 Mallorca, 49. Tf: 321 24 00. Barcelona - 08029 ISBN: 84-7386-454-9 Depósito legal: NA - 931 - 1987 Fotocomposición: J. García, Felipe II, 289.

Barcelona 08016 Impresión: Gráficas Estella, S.A., Estella, (Navarra) Printed in Spain

A todos mis amigos del capítulo 25,
y muy especialmente a los que más
conocí y quise: CECILIA, PONCHO, JESÚS
DE LA ROSA y ESTEVE FORTUNY.

“Vive de prisa,
muérete joven
y así tendrás un cadáver bien parecido.”

(Frase atribuida a Truman Capote
y popularizada por Mick Jagger
en los años sesenta.)

ÍNDICE

Prólogo

1. Antecedentes
2. Alan Freed, de la gloria al destierro
3. Buddy Holly: 3 de febrero de 1959
4. Los 4 jinetes del Apocalipsis
5. La segunda remesa de mártires
6. Vencidos, pero no olvidados
7. Lennon, el largo camino de una maldición
8. El mundo Beatle
9. Los enemigos públicos número 1
10. Salvados por la campana
11. Jimi, Janis
12. ... & Jim
13. Las 1.000 drogas del rey
14. Sobredosis varias
15. Suicidios privados
16. Asesinatos y violencias múltiples
17. Accidentes, accidentes, accidentes
18. Todos los caminos conducen al ocaso
19. Tragedias de la vida
20. Un toque de magia negra
21. Los que volvieron del pozo
22. Espiritualidades regeneradoras
23. El Gran espectáculo del rock
24. Sid el vicioso y los últimos eslabones perdidos
25. ¿Y aquí?

Epílogo

Bibliografía

PRÓLOGO

¿Qué es el rock?

Simplemente, esto: *A-wop-bop-a-loo-bop-a-lop-bam-boom*.

Y es que más de treinta años después de que Little Richard grabara *Tutti frutti*, sigue sin existir una definición más válida y al mismo tiempo más reveladora, por lo menos en la síntesis musical. En el otro extremo, en los márgenes de la Gran Verdad, el Dogma Único será siempre el mismo, mientras el rock sea rock y mantenga su espíritu. Me refiero a la frase que da título a este libro.

Soy de los que cree que el rock (y al decir esta palabra me refiero a toda la música surgida en las cuatro últimas décadas) ha sido el fenómeno social más importante de la segunda mitad del siglo XX, en tanto que el cine lo fue en la primera mitad. La diferencia entre uno y otro género artístico, y entre una y otra forma de vida, se concreta en la evolución de ambos fenómenos. Mientras el cine ha pasado su etapa álgida, de rompimiento, para vivir de la misma progresión que le impulsó y le mantiene, el rock todavía sufre las convulsiones de su rápido crecimiento, tras la explosión de los años 60, la crisis de los 70 y la diáspora inquietante y furtiva de los 80.

Escudriñar en los entresijos de la historia de la música rock ha sido momento a momento un pasatiempo tan mágico como fascinante. Cuando vemos una película estamos contemplando en menos de dos horas el trabajo de muchos meses de un equipo de personas. Cuando oímos una canción, de tres, cuatro o cinco minutos, nos estamos asomando muchas veces al alma de su autor o de su intérprete. Cuando asistimos a un gran concierto de rock, somos testigos de lo más externo y superfluo. Recibimos descargas decibélicas, adrenalina en dosis total, participamos del *shock* y de la comunión como acólitos fieles y somos parte del gran espectáculo. Pero hemos de saber que el espectáculo no siempre está de cara al escenario, sino a espaldas de éste. La vida de las estrellas del rock no es fácil, y sin embargo nueve de cada diez jóvenes firmarían ahora en blanco por llegar a lo más alto, sin importarles las consecuencias.

Se ha escrito mucho sobre el poder destructivo del rock, en torno al síndrome de autodestrucción que genera. Sin embargo el rock no es ni destructivo ni violento, o cuanto menos, no lo es más que otras formas de vida, aunque sí sea cierto que el rock las agrupe a todas, porque no en vano vivimos en la Era del Rock y desde mitad de los años 50 cada nueva generación se ha sumergido en la música a la búsqueda de su identidad, buceando en todas direcciones. La realidad y principal verdad, sin pretender decir que sea una verdad absoluta, es que desde el primer momento la música de la segunda mitad del siglo XX ha sido un espejo social. El rock es el estilo sónico de las últimas cuatro décadas, pero los fuertes cambios sociales, a modo de seísmos imparables, de esas mismas décadas, han ondeado para los jóvenes... y menos jóvenes cada vez, la bandera del rock como gran evasión.

Cuando dentro de cien años se hable de nuestro presente, no podrá obviarse al rock, porque él es la mayor y mejor definición de cuanto somos y de cuanto hacemos, y también de cual es nuestro estilo de vida. La música de nuestro tiempo es la más genuina expresión de la rapidez con que vivimos. Ninguna forma artística ha evolucionado tanto ni tan furiosamente, ni es en la actualidad más rápida y contundente. Una película necesita un largo proceso de preparación, búsqueda de actores, rodaje, montaje y distribución. Un libro requiere otro proceso igualmente lento de edición. Para que esa película o ese libro lleguen a otros países, la máquina, el engranaje industrial, precisa de unos cauces y unos sistemas casi siempre distintos a tenor de factores geográficos, comerciales o dependientes de simples intereses económicos. Un disco, por contra, puede grabarse hoy y ser radiado inmediatamente, a las pocas horas, lanzando su mensaje a los cuatro vientos. Ese mismo

disco puede aparecer en medio mundo en un tiempo relativamente corto.

A partir de aquí es cuando las diferencias entre una película, un libro o un disco, se manifiestan con meridiana claridad. La película podrá permanecer en cartel tanto como dure su éxito, y quedar en el fondo del videoclub de turno otro largo período de tiempo. Más tarde será ofrecida por televisión, y aún, años después, habrá ciclos que la incluyan. El libro, mucho más oscuro a no ser que se convierta en un *best-seller*, vivirá junto al polvo de las estanterías de una librería, una biblioteca, una casa... Pero el disco será todo lo contrario. El disco, salvo que sea el álbum de un monstruo sagrado y quede como pieza de catálogo, tendrá una efímera vida que puede resumirse en el ejemplo de la mayoría de éxitos de los últimos años: edición, promoción, ascensión a los cielos de los *rankings*, donde puede ser número 1 o un simple Top-10, y en uno o dos meses... pasar al olvido. Otros cien mil discos esperan su oportunidad.

El rock por lo tanto es rapidez, nervio, un desgarramiento automático que puede conducir al éxtasis o a la derrota, y también a las dos cosas a la vez. Durante años, el tipo medio de artista triunfador ha sido el del muchacho que ha buscado su propio Xanadu, sufriendo más o menos en el camino, para encontrarse de la noche a la mañana con el éxito, la fama y un millón de dólares en el bolsillo. Ayer no era nadie pero en un mes su disco ha sido número 1. ¿Qué pasa cuando al otro mes el sueño se desvanece? La historia del rock está llena de casos extremos, de éxitos prematuros y tardíos, de jóvenes que con veinte años ya lo han hecho todo y no han sabido qué hacer después con sus vidas y de «viejos» de treinta o cuarenta años que no han resistido el paso del tiempo ni el olvido. Pero en ningún caso es el rock el culpable, sino el medio. El rock es la fantasía más extraordinaria de nuestro tiempo, el escape y la respuesta. Cuando en 1976 el número de parados en Gran Bretaña se disparó, una generación rebelde miró a su alrededor y se encontró con unas pobres alternativas a su futuro: ser parados, obreros con miedo al paro como sus padres, o coger una guitarra y probar fortuna en el Olimpo Rock. Y en 1976 nació el *punk* y cientos, miles de grupos, se refugiaron en la música como única salida. Los que fueron destruidos, no lo fueron por el rock, sino por su misma desesperación.

Ser una estrella del rock, no es fácil. Millones de ojos están pendientes de los ídolos, de sus canciones, de sus gestos, de lo que dicen y de cómo visten. En torno al mundo del rock giran una docena de submundos que van desde los más habituales a los más oscuros. Vicio, drogas, sexo, corrupción y demás componentes extras, no son privativos de esas estrellas, pero sí más fácilmente relacionables entre sí, como la miel que atrae a las moscas. Desde las fans que sueñan con ser violadas por sus mitos, hasta la droga que muchos utilizan para seguir y seguir, porque ya no pueden parar, lo que esconde la vida de muchas estrellas es tanto un infierno como un paraíso. Después de veinte años de conocer a la mayoría de grandes artistas de este tiempo, de admirar y respetar a unos y de rechazar y considerar meros objetos del *show-business* a otros, lo que sé, a favor y en contra, carece de importancia frente a lo que siento y lo que pienso de cada historia. No se puede juzgar nada desde el exterior. Es más, ni siquiera hay por qué juzgar. Pero lo evidente es que hay una historia que contar, la de todos aquellos que no lo lograron, o cayeron para lograrlo. Tal vez la perspectiva global de esa crónica negra del rock, con sus escándalos y sus muertes, sirva para aprender algo. En todo caso, conocer ya es saber, y vivir.

Este libro podría haber tenido un capítulo único, pero he creído más importante parcelarlo, agrupar hechos y fenómenos, formas y aspectos globales en unos casos o generales en otros. Es curioso ver cómo todos los pioneros del *rock and roll*, cayeron por escándalos que les costaron el éxito... y a veces la vida. Es curioso comprobar cómo quienes rompieron el fuego, sentando las bases de un género y de un estilo de vida, pagaron muy alto su arrojo. Es curioso descifrar las pautas de los años 60 y ver cómo los más importantes innovadores fueron destruidos o rozaron la sima abierta del fin igual que si caminaran sobre el filo de la navaja. La historia tiende a mitificar más a los muertos que a los vivos, y la única justificación es recurrir a uno de los más recónditos y secretos placeres del ser humano: el morbo.

Cuando un ídolo del rock muere de la misma forma que ha vivido, automáticamente puebla las mentes de sus seguidores de miles de respuestas. Es como si les diera la razón. Aunque la frase no era suya, Mick Jagger popularizó en los 60 lo de «Vive de prisa, muérete joven, y así tendrás un cadáver bien parecido», y en los 70 los *punks* dijeron lo de «No hay futuro». Así que cada muerte en el rock es una clave. Para los que viven de cerca el fenómeno esa muerte es el chispazo que electrifica su propia vida. Para los que del rock no saben nada, esa muerte es la confirmación de sus más recónditas sospechas sobre la peligrosidad social de la música, pero también el sorprendente descubrimiento de que su interés crece en proporción a su bien considerado espanto. ¿Quién era el muerto? ¿Por qué lo hizo? ¿Qué le sucedió?

Tal vez se haga una película y TODOS lo sepamos.

Este libro, que en ningún momento busca el morbo sino la exposición de unos hechos y unas realidades, investiga y muestra las vidas, los entornos, las causas y los porqués, de las más importantes estrellas de la Era Rock que cayeron con las botas puestas. Junto a casos muy conocidos popularmente, habrá otros de único acceso a los amantes de la música, y que sólo las revistas musicales ofrecieron como noticia en su momento. Sea como sea y por numerosos que parezcan, no son más que la punta del iceberg, un simple esbozo. Los periódicos no hablan de los chicos jóvenes que por ignorancia mueren en sus propias habitaciones, al tocar una guitarra o un micrófono con las manos húmedas, ni de los candidatos a estrellas que imitan a sus ídolos en todo menos en la música, y mueren con la sangre repleta de heroína. Tampoco hablan de quienes escapan de sus casas, chicos y chicas, soñando con cantar en un escenario, y acaban en las trastiendas de locales baratos prostituyéndose para poder comer. Sólo sabemos que a Lennon le asesinaron y que Hendrix se ahogó en su vómito, y a veces ni siquiera eso porque el tiempo ha distorsionado aquella realidad.

Tal vez esta crónica negra de la trastienda rock aclare algunas ideas trasnochadas o dé luz a una historias desfiguradas.

En todo caso siempre quedará como recurso final y manual de supervivencia.

J.

S.

F.

ANTECEDENTES

En primavera de 1954, un disco titulado *Rock around the clock* abrió lo que hoy se conoce todavía como Era del Rock. En primer término se acuñó como definitoria de aquel nuevo estilo musical la expresión *Rock and Roll*. Los años harían que el Rock, con mayúscula, prevaleciese por encima de modas y estilos, tendencias y derivados. Hoy puede hablarse de *pop*, *beat*, *surf*, *twist*, *soul*, *heavy*, *punk*, *cool*, *tecno* y dos docenas más de calificativos, pero la música, en su concepto mayoritario y global, es el rock. Por tal razón se considera aquella primavera del 54 como el punto de arranque de la historia.

Sin embargo, nada comienza un día, en seco, sin más. Todo fenómeno requiere un pre-fenómeno, una preparación. Antes de que Bill Haley y sus Comets grabaran *Rock around the clock* habían convertido en éxito temas como *Rocket 88*, *Rock the joint* y *Shake, rattle and roll*, entre 1951 y 1954. Como veremos en el próximo capítulo, una cosa fue la aparición del primer himno rock y otra el bautizo del género, cosa que hizo Alan Freed, un *disc-jockey* que habría de convertirse en la primera víctima de su propio invento.

Si atendiera a esta fecha clave, los escándalos y las muertes del rock habrían de iniciarse aquí, puesto que todo lo anterior no formaba parte de esta historia. Pero hacer esto supondría un doble peligro: en primer lugar, dar a entender que el rock y sólo el rock constituye materia de primera para la carne de cañón del gran espectáculo necrófilo; y en segundo lugar, ignorar algunos antecedentes importantes, que prueban dos cosas: una lo expuesto en el prólogo, que el rock no tiene la patente de corso del escándalo, y dos que en torno al arte siempre ha rondado el fantasma de la muerte y la inquietante locura de vivir por el borde del camino. Todo creador vive el cáncer de su creatividad. Todo artista es un escándalo en potencia. Todo rompedor corre el peligro de romperse a sí mismo.

¿Cuántos casos podrían ser citados en este apartado de «antecedentes», sin que parezcan pocos ni excesivos? Hallar un término medio representa ofrecer un conjunto de artistas versátil, y en paralelo, suficientemente amplio como para marcar las premisas de lo que después formará el grueso de esta obra. No obstante, los antecedentes que puedan citarse han de ser muy especiales, porque también lo fue el germen del rock y lo que de él se derivó. ¿Y qué tiene de especial el rock? Bastarán tres ejemplos populares. Uno de los símbolos rockeros por excelencia es James Dean, el primer rebelde, y sin embargo, no era cantante, sino actor. Una de las imágenes más vistas en posters o formando parte de la mitología rock es la de Marlon Brando vestido con cazadora negra haciendo de gamberro de carretera en *The wild one*. Uno de los padres de la génesis del rock y de la generación que la precedió es Jack Kerouac, que lideró la *Beat Generation* y le dio alas con sus libros *En la carretera* y *Los vagabundos del Dharma*. Dean, Brando o Kerouac son elementos formales del rock, igual que Presley, los Beatles o los Stones, porque el rock es también una forma de vivir y de entender la vida. Lo curioso, al filo del tema de este libro, es que de esos tres ejemplos, dos marcan perfectamente el parámetro sobre el que se va a hablar constantemente a lo largo de estas páginas. James Dean murió el 30 de septiembre de 1955 conduciendo su coche a una velocidad de vértigo, después de haber interpretado tan sólo tres películas, dos de las cuales ni siquiera llegó a ver estrenadas. Jack Kerouac fue el prototipo de joven rebelde e inquieto, que tras recorrer los Estados Unidos de extremo a extremo, trabajando en multitud de empleos, recaló en California durante los años 50, donde conoció a Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti, con los que diseñó, sin saberlo, lo que muchos jóvenes tomarían como modelo y estilo de vida poco después. Kerouac murió en 1969, a los cuarenta y siete años de edad, con el cuerpo masacrado por las grandes cantidades de alcohol ingeridas en vida.

Un actor que no era cantante pero simbolizó la postura juvenil de los 50. Una película que no era

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

